

## En busca de una religión de la patria. Joaquín V. González regeneracionista en la Argentina fin-de-siglo

In search of a patriotic religion. Joaquín V. González,  
an Argentina *fin-de-siècle* regenerationist

Francisco J. Reyes

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHUCSO),  
Universidad Nacional del Litoral / Consejo Nacional de Investigaciones  
Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina  
[reyesfranciscoj@live.com](mailto:reyesfranciscoj@live.com)

<https://orcid.org/0000-0002-2729-3507>

Recibido: 26/11/2021

Aceptado: 20/05/2022

Cómo citar este artículo: REYES, Francisco J. (2022). En busca de una religión de la patria. Joaquín V. González regeneracionista en la Argentina fin-de-siglo. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (25), pp. 207-233, <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.25.09>

### Resumen

El presente trabajo aborda un ejemplo especial del fenómeno transnacional que constituyó en el cambio del siglo XIX al siglo XX: el regeneracionismo de Joaquín V. González, miembro a la vez de las elites intelectuales y políticas de la Argentina de entonces. Desde una perspectiva que cruza la historia política con la historia intelectual y de los intelectuales, el foco se posa en el momento de su trayectoria que gira en torno a la crisis de 1890 y las formas de intervención políticas, culturales y estatales de González. A partir del análisis de sus principales obras del período, su labor en el periodismo y su inserción institucional, se sostiene la hipótesis de que esta figura confluyó con otras en torno a la necesidad de una «reacción» que diera lugar a una «regeneración nacional» en el país, a tono con planteos más generales del mundo atlántico finisecular que fueron recibidos por González. La conclusión plantea que el resultado de sus

©2022 Francisco J. Reyes



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0  
Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

inquietudes en dicho momento se sintetizó en la promoción de una «religión de la patria» capaz de dotar de cohesión espiritual a un país sumido en profundas transformaciones en todos los aspectos de su vida pública.

**Palabras clave:** Argentina fin-de-siglo; Historia intelectual; Nacionalismo; Regeneracionismo; Sacralización de la política.

### Abstract

This paper addresses a particular example of the transnational phenomenon that constituted regenerationism in the change from the 19th to the 20th century: the case of Joaquín V. González, a member of both the intellectual and political elites of Argentina at that time. From a perspective that crosses political history with intellectual history and the history of intellectuals, the focus is on the moment of González's trajectory around the crisis of 1890 and his forms of political, cultural, and state intervention. On the basis of an analysis of his main works of the period, his work in journalism and his institutional insertion, the hypothesis is that this figure converged with others around the need for a «reaction» that would lead to a «national regeneration» in the country, in keeping with the more general proposals of the *fin-de-siècle* Atlantic world that were received by González. The conclusion suggests that the result of his concerns at that time was synthesized in the promotion of a «patriotic religion» capable of providing spiritual cohesion to a country plunged into profound transformations in all aspects of public life.

**Keywords:** Argentina *Fin-de-Siècle*; Intellectual History; Nationalism; Regenerationism; Sacralization of Politics.

**Agradecimientos:** El autor agradece los comentarios realizados por Natacha Bacolla, los aportes de Juan Buonuome y Eduardo Zimmermann y los valiosos comentarios de los evaluadores anónimos de la revista.

### Introducción<sup>1</sup>

La Argentina de fines del siglo XIX experimentó, al igual que otros países en el mundo atlántico, las variaciones de planteos que demandaban una «regeneración» ante lo que las elites políticas y culturales concibieron como una crisis, de distinto tipo según el diagnóstico: moral, económica, política y/o nacional. Un denominador común de estas intervenciones era el llamado a operar una «reacción» ante la pérdida o ausencia de fundamentos para la convivencia en la comunidad deseable. En ocasiones, implicaba directamente la acción política

---

1. El autor agradece los comentarios realizados por Natacha Bacolla, los aportes de Juan Buonuome y Eduardo Zimmermann y los valiosos comentarios de los evaluadores anónimos de la revista.

y, en otras, se apeló a un idealismo espiritualista, del cual podía seguirse la apelación a transformar plásticamente las formaciones sociales.

Otro rasgo compartido de las ideas regeneracionistas tiene que ver con los actores que los formularon, ya que en ese cambio de siglo comenzó a evidenciarse la autonomización de un campo intelectual y, con ello, de la figura del «intelectual», con pertenencias a ámbitos de la producción cultural que en general no estaban desligadas de algún tipo de compromiso político. En ese cruce de la historia política con la historia intelectual y de los intelectuales (Prochasson, 2003; Altamirano, 2005), se propone profundizar en un momento particular de la trayectoria político-intelectual de una de esas figuras: el argentino Joaquín Víctor González (1863-1923). Existe una importante bibliografía sobre su dilatada obra política e intelectual que permite calificarlo como un polígrafo, aunque no siempre se lo ubicó en la constelación regeneracionista. Ésta, antes bien, fue identificada en Argentina sobre todo con la oposición política a los gobiernos de la fuerza política dominante en el cambio de siglo, el Partido Autonomista Nacional (PAN), y con la reforma electoral promovida en la década de 1910 que cambió la competencia por el poder (Botana, 2005).

González fue calificado de liberal místico (Roldán, 1993), liberal nacionalista (Devoto, 2002), nacionalista cultural (Terán, 2000; Bertoni, 2003; Degiovanni, 2005) y republicano espiritualista (Crespo, 2018: 29-38). En lo que sigue se adopta la perspectiva cercana de Eduardo Zimmermann, quien lo ubicó como pivote de un arco regeneracionista cuyas inquietudes espiritualistas se esbozaron en 1890 pero con foco en las iniciativas de reforma institucional del 1900 (1995: 57, 68 y 73). En esta etapa González actuó desde 1901 como hombre fuerte de la segunda presidencia de Julio Roca (1898-1904), ministro del Interior, de Justicia e Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores y Culto, a la vez que promotor de una nueva generación de escritores que siguieron su *leitmotiv* de dar carnadura a una «tradición nacional» en un contexto de profundos cambios (Devoto, 2002; Dalmaroni, 2006).

La etapa finisecular de González recibió menos atención, con trabajos pioneros que asociaron su producción literaria a sus ambiciones políticas (Herrero, 1993). En efecto, arribó a la capital del país después de su formación en Córdoba como miembro de las elites del interior, donde estudió Derecho, se inició en el periodismo y militó en la juventud autonomista por reformas laicistas influido por la masonería (la censura religiosa suprimió dos capítulos de su tesis doctoral dedicada a la revolución de independencia y la Constitución Nacional) (Agüero, 2010). En Buenos Aires asumió una diputación nacional por La Rioja (1886) –su provincia natal situada en la cordillera de los Andes– y se integró en la sección literaria del matutino *La Prensa*. Redactó asimismo una

nueva Constitución de La Rioja y publicó *La tradición nacional* (1888), libro que lo catapultó al recibir una carta consagratoria –no exenta de críticas– del expresidente e historiador Bartolomé Mitre, quien oficiaba como figura canónica para juzgar los relatos sobre el pasado argentino. Este importante recorrido se efectuó antes de ascender a la gobernación de La Rioja, a la cual renunció en 1891 en plena crisis del país y del PAN, mientras sus pasos posteriores evidencian el recorrido por el *cursus honorum* de la clase política de entresiglos (Botana, 1985: 157).

¿Por qué caracterizar a González como regeneracionista? En primer lugar, si sus intervenciones se presentaban como análisis de la profunda reacción que se pretendía promover ante un contexto crítico, vinculado a valores que debían regir a la comunidad, los trabajos de González de la década de 1890 responden a dicha descripción. Desde *La tradición nacional* hasta la publicación de *Patria* (1900) su lenguaje se impregnó de términos asociados al de «regeneración», como «decadencia» o «degeneración», vocabulario que respondía a los males que –en esta concepción– aquejaban al país y a la civilización occidental. Términos proferidos por escritores, periodistas y políticos tanto en Argentina –donde oscilaban entre una «cultura científica» de matriz positivista y la «reacción espiritualista» (Terán, 2000)– como en las inquietas elites europeas, donde destacaban las naciones latinas (Francia, España e Italia) con momentos álgidos en las crisis de la Tercera República y el «desastre» español por la derrota de 1898<sup>2</sup>. González fue asimismo un exponente local de fenómenos derivados de los diagnósticos regeneracionistas. Por un lado, los esfuerzos por dotar de un sentido trascendente a su acción<sup>3</sup> al definir una misión histórica en nombre de una entidad sagrada pero secular (la Nación, la Ciencia, el Proletariado o el Pueblo). Por otro lado, la necesidad de promover una pedagogía sobre la sociedad y sectores considerados fundamentales para los cambios a realizar en la vida pública, desde las elites hasta el «pueblo».

A este sentido trascendente el riojano lo encontró tempranamente en lo que definió como un culto nacional y después como «religión de la patria», a partir de la inquietud de aportar cohesión y unidad a la nación. Una Argentina juzgada demasiado joven al tiempo que amenazada por distintos males: discordias políticas y frecuentes levantamientos armados; el impacto de la inmigración

2. La bibliografía general al respecto es abundante, sobre todo para el caso español: Weber (1986) y Winock (2017) para Francia; Comellas (2001), la compilación de Salavert; Suárez Cortina (2007); Saz (2011) y Chacón Delgado (2013) para España; para Italia la hipótesis de Gentile (2007: 17-42) remite a la progresiva sacralización de la nación en nombre de una regeneración moral y política, desde el *Risorgimento* hasta el fascismo.

3. Aspecto señalado, pero no profundizado, por Bertoni (2003: 157-161).

masiva de fines del siglo XIX (Buenos Aires hacia 1895 contaba con la mitad de su población de origen extranjero); el enrarecimiento de las relaciones internacionales por un conflicto limítrofe con Chile en un contexto general de avance de las potencias imperialistas (Bertoni, 2001). Pero las formulaciones regeneracionistas de González no se mantuvieron inalteradas y pueden establecerse inflexiones pese a las constantes, con intervenciones políticas y culturales que lo asocian a las primeras expresiones del nacionalismo en Argentina; en tanto, más allá de las periodizaciones adoptadas, resulta ineludible su involucramiento en el fortalecimiento de la nación desde diferentes ámbitos. Su regeneracionismo ofrece una versión particular del proceso de sacralización de la política moderna en un esfuerzo intelectual por relacionar las esferas de lo político y lo religioso. Consciente de que la secularización de las sociedades occidentales venía operando una fragmentación de las fuentes de trascendencia, no se resignó a una búsqueda de un ideal eterno (Di Stefano, 2010).

En el primer apartado del trabajo se reconstruye el contexto político-ideológico de la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX en que se insertan las incipientes reflexiones regeneracionistas de González, signadas por el optimismo de la «era del progreso» en Argentina y la inquietud secular en torno a la cuestión religiosa. La segunda parte se centra en la puesta en crisis de dicho optimismo hacia 1890 y en las características de los ámbitos culturales en que esta figura desplegó, desde un campo literario en formación, su concepción espiritual de un proceso de regeneración nacional. Si bien una comparación detallada escapa al espacio disponible, se esbozan ciertos puntos de contacto entre González y algunos exponentes del regeneracionismo español que eclosionó con el «desastre» de 1898, no como influencias mutuas sino como convergencia en la coyuntura. El último apartado se ocupa de la maduración y las implicancias de la idea de «religión de la patria» en el hombre de Estado, tanto desde la educación pública como desde la tribuna política, el periodismo y la literatura. La hipótesis general que se sostiene es que, por un lado, la trayectoria político-intelectual de González en ese fin-de-siglo revela un regeneracionismo que actuó como plataforma de un nacionalismo cada vez más extendido en la Argentina de inicios del siglo XX. En otro sentido, esa problematización del porvenir de la nación y la voluntad de intervención pública fueron rasgos transversales del regeneracionismo entendido como fenómeno transnacional. Se reconocen entonces fuentes diversas y modulaciones según la circulación de ideas para cada caso, pero con motivos comunes que resultaban contemporáneos a ambos lados del Atlántico y que permitieron, hacia 1900, un marco de acercamiento entre ambas orillas.

### La tradición nacional como fe sustitutiva

Los diagnósticos y propuestas delineados por González nunca dejaron de vincularse a su inserción en la política argentina y a las posiciones que progresivamente ocupó en distintos ámbitos del Estado nacional, desde el influyente Consejo Nacional de Educación (CNE), creado en la década de 1880 en el marco de las iniciativas laicistas para la educación pública, hasta su labor universitaria: titular de Legislación de Minas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en 1894 y miembro de la comisión de notables encargada de la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896 (Buchbinder, 1997: 83). Esa pertenencia a ámbitos educativos –antes de consagrarse como fundador y primer rector de la Universidad Nacional de La Plata (1905)– corrió en paralelo a una posición expectable en un campo intelectual en constitución (Bruno, 2012). Espacios de sociabilidad como las tertulias de escritores en Capital Federal (del «poeta nacional» Rafael Obligado y los diplomáticos Federico Gamboa, mexicano, y Alberto del Solar, chileno) que confluyeron en la creación del Ateneo de Buenos Aires (1892-1893) y su vínculo con *La Prensa* le permitieron difundir profusamente sus trabajos. Resulta significativo que durante esta etapa González se pensara a sí mismo como escritor, autoconcepción en que influyó su trabajo como periodista y autor, su sacudida sensibilidad del momento y el registro de sus escritos. Allí privilegió la dimensión espiritual por sobre el ensayo político o las obras de conocimiento experto, como su *Manual de la Constitución Argentina* (1897) destinado a la Instrucción Cívica en la enseñanza secundaria. Esa pretensión de captar las honduras del espíritu caló decididamente en sus ideas sobre cómo debía realizarse una regeneración nacional.

Después de su estadía en Córdoba, donde forjó relaciones en el autonomismo dominado por el futuro presidente Miguel Juárez Celman que allanaron sus primeros pasos en la política, González se abocó a su primera gran obra. Se considera que con *La tradición nacional* pretendía establecer un canon novedoso respecto de la tradición liberal de la historia patria, al incorporar de forma positiva los aportes de los pueblos indígenas a la «raza nacional», una vez incorporados al sustrato dominante de los europeos (Degiovanni, 2005). Sin embargo, se trataba menos de un libro de historia –disciplina que recién daba sus primeros pasos serios en el país– que de un ensayo de interpretación para develar tendencias profundas del devenir nacional. La insistencia del entonces diputado en el culto a la tierra natal y a la forja del carácter de los individuos por el hogar combinaba las ideas de autores franceses como el romántico Jules Michelet –para quien «todos los pueblos tienen su biblia»– o el más contemporáneo (que difícilmente podía haber leído) Maurice Barrès por el «culto a la

tierra y los muertos» (Devoto, 2002: 21). Esta recepción de autores y modelos franceses resultó relevante para sus futuras ideas regeneracionistas.

La nota distintiva de este libro de juventud es la primacía de un tono optimista, diferente del más melancólico o alarmado de la década siguiente. Durante las presidencias de Roca (1880-1886) y Juárez Celman (1886-1890) el discurso predominante en el PAN –fuerza que cobijó a González hasta inicios del siglo XX– fue el del inicio de una nueva era para el país, de orden institucional y progreso material y civilizatorio, después de las convulsiones políticas que terminaron con la centralización estatal en 1880, una vez derrotados distintos alzamientos provinciales (Alonso, 2010: 179-188). En *La tradición nacional* se compartían estos supuestos y cuando se refiere a un gran proceso de regeneración se le atribuyen alcances que entroncaban con los progresos de la civilización occidental. El autor constataba que en un país «joven» como Argentina, que ingresaba en esa era de cambios, era necesario consolidar su arraigo en el pasado y en el interior nacional para dotar de una base estable a la nación en esa aventura modernizadora. Filiado en el evolucionismo decimonónico de las elites liberales, pese a incluir en su obra los tiempos precolombinos, el punto de partida era en términos nacionales el proceso revolucionario de inicios del siglo XIX, producto de las ideas de la Ilustración: «la llama de la libertad enciende a los pueblos (...) momento supremo de la expresión que regenera destruyendo» (González, [1888] 2015: 176). La regeneración se presentaba como un proceso inacabado que requería una labor pedagógica sobre las mayorías populares, otra constante en su concepción política: «aunque las ideas regeneradoras del siglo XVIII se infiltraron en nuestros colegios y en nuestra juventud colonial (...) su influencia no llegó en tan corto tiempo a remover las raíces de la tradición católica en todas las esferas sociales.» (González, [1888] 2015: 195).

El lenguaje de un positivismo hegemónico en las elites políticas y culturales tampoco estaba ausente y aportaba en la lectura de González un pretendido conocimiento objetivo de la sociedad («el estudio de las leyes que presiden la vida de los hombres»). Un «sistema lógico y experimental» que, en manos de los gobernantes, permitía evitar convulsiones «mientras la evolución regeneradora no haya terminado en el carácter de las razas que hoy forman las grandes nacionalidades» (González, [1888] 2015: 224)<sup>4</sup>. El desarrollo de un culto a la patria se volvía la herramienta fundamental para cohesionar a una comunidad nacional de consolidación institucional reciente pero que, según

---

4. El positivismo aportaba las notas dominantes a la «cultura científica» finisecular, pero convivió de forma compleja con tendencias espiritualistas (Terán, 2000: 87) y Darío Roldán (1993: 16-18) señaló esa capacidad de González para combinar eclécticamente diferentes tradiciones intelectuales sin revelar un positivismo dominante.

una convicción liberal, prefiguraba un destino de grandeza a tono con las «naciones civilizadas». Se aseguraba que las naciones eran una «idea colectiva» cuyas bases debían apoyarse en dos tipos de pedagogías: el amor a la tierra en que se nace, argumento telúrico que compartía con Obligado y su exaltación del litoral argentino en *Santos Vega* (1885)<sup>5</sup>; y «sublimizar una época de la historia (...) aquella en que fundaron su nacionalidad (...) tradición heroica» de todo pueblo, «la primera necesidad del espíritu», «un culto tan sagrado como el de la religión» que conformaba una memoria colectiva. El llamado regeneracionista apelaba a la metáfora organicista de la comunidad como cuerpo biológico que, si se apartaba de la senda progresiva que lo nutría, no cumpliría su destino: «Cuando las naciones la olvidan, legando en la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposición y su muerte.» (González, [1888] 2015: 181-182). La forma de mantener ese legado era la promoción en los niños de las «glorias nacionales», pero no con los «raciocinios profundos del historiador» sino al «mover el sentimiento con la emoción poética». Los futuros ciudadanos de la nación debían tener sus corazones y sus mentes allanadas para mantener cohesionada su comunidad de pertenencia gracias a «toda la sencilla poesía del hogar que endulza la vida y siembra en los corazones infantiles la religión de la patria» (González, [1888] 2015: 188).

El mismo año el libro apareció como folletín en *La Prensa* (Herrero, 1993), un formato cotidiano que facilitaba una amplia difusión de la obra en el periódico en que González revistaba desde la sección literaria y espacio clave de sus futuras intervenciones. Junto con el diario *La Nación*, este medio marcaba la dirección de las transformaciones profesionales del campo periodístico argentino en el fin-de-siglo y, en un contexto de masificación y diversificación del público lector, *La Prensa* alcanzaba hacia 1896 una tirada diaria de 58.000 ejemplares (Bibbó, 2008; Rojkind, 2019). El marco general era propicio para la recepción de las ideas del riojano porque la importancia de una pedagogía patriótica fue asumida en esa década de 1880 por el CNE. La institución comenzó a promover desfiles escolares junto a unidades militares para la conmemoración de las fiestas patrias –el 25 de Mayo (Revolución de Mayo) y el 9 de Julio (Declaración de Independencia)– ante lo que sus funcionarios consideraban una falta de fervor patriótico en una población transformada por la inmigración (Bertoni, 2001: 79-120).

---

5. «El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de la tradición nacional (...) gran poema de la pampa borrado por el soplo de la transformación de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado» (González, [1888] 2015: 158).

La reciente unidad política no era el único motivo para avanzar en este tipo de políticas públicas. Sobraban ejemplos en la Europa de fines del siglo XIX en que las conmemoraciones nacionales eran concebidas por los gobernantes como «religiones de la patria». En general se trataba de países de unificación reciente (Italia y Alemania) o con cambios de régimen (la Francia republicana o la España de la Restauración), pero algo similar ocurría en Estados Unidos (Ridolfi, 2004). Liberal laicista, para González las religiones institucionalizadas ya no podían ni debían cumplir la función de cohesionar a las sociedades a través de un sistema de creencias normativizado. Entre otras cosas, por el necesario avance de la secularización y la monopolización del Estado de atributos considerados indelegables (educación, registro civil, etc.), que él apoyó con Roca y Juárez Celman.

Sus mensajes como gobernador en La Rioja son elocuentes de esta distinción de un genérico sentimiento religioso respecto de las iglesias instituidas. Pero hacia 1890 González comenzó a abandonar el anticlericalismo juvenil al apelar a la responsabilidad del hombre de Estado. En lo atinente al tema religioso adquirió un tono de confesión, porque «el pueblo en quien palpita siempre vivo este sentimiento de religión tiene derecho a preguntarse qué pensamiento germina en el cerebro de su gobernante sobre materia tan escabrosa»<sup>6</sup>. Amparado en el saber de «las corrientes positivas de mi tiempo», aseguraba:

«He estudiado con amor las instituciones de mi país, y en largas vigili­as, en que el alma se abstrae de las cosas mundanas, he forjado para mí mismo, con los elementos suministrados por nuestra historia constitucional, social y política, un credo íntimo, un sistema religioso (...) la libertad civil es la divinidad encerrada en el santuario (...) la gran masa de los hombres es el coro de creyentes que derrama incienso en los altares.»<sup>7</sup>

La diversidad de registros reconoce en esta materia un bajo continuo en los años 1890 hasta conformar un pensamiento que sacralizaba la política (sin partidizarla) y que pretendía traducirse en políticas efectivas. La reflexión se presentaba como una concepción propia, no necesariamente extendida en la sociedad. El hombre de Estado buscaba una creencia que se ubicara por encima de los credos individuales y las diferencias políticas de la comunidad. Esa «libertad civil» se asemeja a la «religión civil» según la cual ese vínculo sagrado tiene que ver con lo público, escindida de la esfera privada (Gentile, 2007: 25-26). La cuestión tiene una explicación en aquella concepción que pretendía inaugurar una nueva era para la nación: «Cimentada ya la tranquilidad en la

6. «Mensaje del gobernador de La Rioja», 01/06/1890 (González, 1935, II: 336).

7. «Discurso inaugural del gobierno de La Rioja», 24/06/1889 (González, 1935, II: 304).

República, comienza la era de las reformas y de las creaciones trascendentales que den nueva vida y nuevos rumbos a nuestra sociabilidad»<sup>8</sup>.

Para desarrollar todas sus potencialidades, Argentina debía dejar atrás esa etapa formativa. La religión –incluso en sus versiones tradicionales– no debía ser desdeñada para evitar la disgregación generada por la modernización social y económica. Pero podía definirse un sustituto para cumplir dicha tarea. De su propia experiencia González extraía una enseñanza: «yo sé de sociedades que derribaron las creencias heredadas y que nada levantaron sobre sus ruinas para llenar el vacío de los espíritus». El anticlericalismo podía devenir antirreligiosidad, lo cual a su entender era más contraproducente que un catolicismo regresivo. La introspección mística revelaba al gobernante la herramienta que constituía una religión de la patria:

«Yo mismo he combatido en esas luchas con todo el fervor de mi juventud, llevando mi raciocinio a extremos desconocidos. Pero ahora que me veo colocado al frente de los destinos del Estado (...) He levantado mi pensamiento a la altura, he sentido la necesidad de una inspiración sobrenatural y he evocado el Dios de mis mayores, el Dios de mi patria (...) Una fé profunda en el porvenir ha fortalecido mi espíritu...»<sup>9</sup>

Para ese año, el país comenzaba a sumirse en lo más profundo de una crisis económica que rápidamente se transformó en política, al articularse una oposición al gobierno nacional que promovió un levantamiento cívico-militar contra Juárez Celman. Esa aceleración de los tiempos políticos desestabilizó la posición de González en su provincia, rompió lealtades al interior del PAN y condujo a su renuncia en octubre de 1891<sup>10</sup>. Circunstancias que lo llevaron a una crisis personal, cuestionarse su promisorio carrera política y ver erosionada esa fe en el porvenir. Desengañado, marchó a Buenos Aires, abrió un estudio jurídico y retomó la literatura y el periodismo. Se abrían dos caminos posibles para su futura trayectoria pública.

### El consuelo de las letras nacionales: crisis y reconocimiento

La crisis económica y política, prolongada hasta mediados de la década de 1890, fue interpretada por las elites argentinas en términos de valores: una crisis moral y nacional que ponía en dudas las certezas sobre ese destino nacional (Rocchi, 2003; Romero, 2018). Una lectura que trascendía a los más agudos

8. «Discurso inaugural del gobierno de La Rioja», 24/06/1889 (González, 1935, II: 305).

9. «Mensaje del gobernador de La Rioja», 01/06/1890 (González, 1935, II: 338).

10. La correspondencia de González con Juárez Celman revela un reconocimiento al cordobés por su carrera política y, después, las desavenencias entre Juárez y Roca que terminaron en la renuncia del primero en 1890 (Alonso, 2010: 225 y 269).

discursos opositores, como los de la Unión Cívica y luego de la Unión Cívica Radical (UCR), agrupaciones formadas al calor de la crisis que promovieron una serie de levantamientos armados y desestabilizaron la política argentina. Si se amplía el foco de análisis se constata que este clima atravesaba el Atlántico: la crisis de fin-de-siglo fue un tópico recurrente en una época de grandes transformaciones internacionales que impactaron de forma diferencial en cada espacio. Desde los cambios en el capitalismo mundial y la competencia interimperialista, hasta el creciente protagonismo de las organizaciones de trabajadores socialistas y anarquistas, junto a una revolución cultural que cuestionaba el cientificismo positivista y apelaba a lecturas irracionalistas en la psicología y modernistas en literatura (Saz, 2011: 55-58; Burrow, 2001). En el ámbito argentino, el espejo europeo contribuía a que la realidad de las elites fuera tamizada por este prisma y se instaló la necesidad de una «reacción nacional» de alcances amplios y relativamente transversal en lo político (Bertoni, 2001). En el caso de González, la crisis política lo sumió en una disyuntiva.

Siempre al tanto de la situación literaria y sin interrumpir su colaboración con *La Prensa*, en plena crisis política el riojano aseguraba a su amigo Juan José García Velloso –poeta, educador y periodista español radicado en Argentina–: «Los literatos del Plata, por no sé qué extraña sugestión, sienten menos la necesidad de una literatura y de un arte nacionales que los extranjeros que vienen a nuestra patria». Problema al que encontraba como solución un sistema de escuelas instalado en todo el país para formar «más argentinos de corazón» y «menos *rastaquóeres*», alusión al predominio de los valores materialistas considerados como causa de la crisis por los regeneracionistas. Inmerso en veta nacionalizadora, González reconocía que era una cuestión integral: «Vd. conoce mis ideas respecto a la nacionalidad en el arte, en la ciencia, en la jurisprudencia y en todo»<sup>11</sup>. Con las relaciones políticas crispadas en su provincia, escribía a otro amigo poeta, Rafael Obligado, que «vista la situación desde dentro (...) estoy profundamente triste». Ya había decidido su renuncia a la gobernación y dedicarse a un libro en la senda de *La tradición nacional* como verdadera marca de su carrera:

«todos mis sentimientos de argentino y mis ideales políticos los veo contrariados por una fuerza irresistible que viene operando la disolución nacional (...) Ha llegado para mi pobre historia el gran momento que ha de dar el sello a mi vida pública y a mi personalidad política; estoy en esta dualidad (...) siento ya en el fondo de mi alma aletear el Cóndor andino...»<sup>12</sup>

11. «Cartas de Joaquín V. González a Juan José García Velloso», *Nosotros*, n.º 46/47, 1940, pp. 237-238.

12. J. González a R. Obligado, 03/10/1891 (en: Cáceres Freyre, 1963: 167-171).

La respuesta del autor de *Santos Vega* compartía su sentimiento –«¡La patria, en la hora presente, se nos deshace entre las manos! (...) Nuestro país necesita reformarse»– y lo alentó a que escribiera buscando consuelo en el interior nacional frente a los males que aquejaban al corazón político y económico del país<sup>13</sup>. Esa sensibilidad permitía canalizar un desengaño político que no obstó para que en 1892 accediera a su segunda diputación nacional. Pero sus energías se fijaron en el periodismo y en un fenómeno cultural emergente de la crisis: las tertulias porteñas que entre 1891 y 1893 dieron lugar al Ateneo, de cuya primera comisión directiva formó parte González junto a Obligado (Bibbó, 2014: 228). En el ínterin, finalizaba su obra más telúrica y, en pasajes, autobiográfica, *Mis montañas*, que pensó llamar *El Cóndor*. Este libro le valió un amplio reconocimiento que confirmaba la acogida de su primer libro –Federico Gamboa, otro contertulio, lo denominó «el aplaudido autor de ‘La Tradición Nacional’ y de ‘Mis Montañas’» (Gamboa, 1907: 2)–. En tanto, desde *La Prensa* a mediados de 1892, el riojano le dedicó al libro *Apariencias* del mexicano una reseña en la que no disimulaba su desagrado por las novelas naturalistas y la exaltación de lo «grotesco» y lo «insano», que anulaban «la elevación de nuestra cultura individual y colectiva»<sup>14</sup>. En su concepción, este tipo de producción literaria degradaba el espíritu en un momento en que debía nutrirse: era síntoma de la temida decadencia.

En *Mis montañas* (1893) y en *Cuentos* (1894) González explicitó esos temas. En la impronta telúrica, de apego a la patria chica regional, sus tradiciones criollas y mestizas, así como al hogar familiar, se encuentra su experiencia de un viaje de introspección. Desde esta perspectiva auto-centrada, esa religión secular se ejemplificaba en la historia de su tierra –con escaso impacto de la inmigración ultramarina finisecular– a partir de la mixtura cultural que impuso la conquista europea sobre los pueblos nativos al formar una «raza criolla»: «los ejércitos peleaban por el Imperio, los pueblos y las tribus por el pedazo de tierra donde nacieron (...) la tradición de familia, la religión nacional, la idea aún informe del hogar que ha cimentado las sociedades modernas. (González, [1893] 1963: 35).

De acuerdo con la visión optimista del nacionalismo liberal del cambio de siglo, en un país de pasado colonial y de inmigración, cuyas elites pretendían definir los componentes de su nacionalidad, González abrevaba en el mito del crisol de razas, tematizado por otros antes y después (Devoto, 2002). Una «fusión» o síntesis no conflictiva en donde las razas pretendidamente

13. R. Obligado a J. González, 08/10/1891 (en: Cáceres Freyre, 1963: 171-172).

14. «Apariencias. Por Federico Gamboa», *La Prensa*, 30/08/1892, en: González (1934: 137-179).

superiores (de connotación cultural más que biologicista) se imponían sobre las más débiles, pero incorporando algunos de sus caracteres de forma armónica. Ideal que adquiriría pleno sentido en el regeneracionismo que desarrolló el riojano. El viaje interior, que miraba hacia ese pasado de síntesis, vislumbraba una salida futura para la nación en crisis. González lo expresó como una reflexión profunda: «he meditado tristemente sobre los destinos de las razas, sobre la evolución del espíritu humano tras de su porvenir desconocido, y he visto desplegarse a través de sombras dolorosas, la bandera de mi patria en muy lejanas regiones» (González, [1893] 1963: 35). Es necesario volver brevemente sobre el lugar influyente de González en el clima cultural de esos años para ponderar el impacto de estas ideas.

En primer lugar, el diario *La Prensa* le permitía difundir su obra –como con *La tradición nacional*, capítulos de *Mis montañas* aparecieron como folletín– y sus opiniones en círculos que excedían a las tertulias porteñas. Según los recuerdos de un redactor de inicios de los años 1890, González no sólo ocupaba la sección literaria, sino que era encargado de los artículos generales y actuaba como editor principal, bajo la jefatura de redacción de su pariente, el también abogado riojano Adolfo Dávila. En una sala de la sede del periódico González supervisaba casi todos los textos de los reporteros y, al finalizar la jornada, los más jóvenes lo acompañaban hasta su domicilio donde ponía a disposición su biblioteca clásica para que se formaran en una cultura cosmopolita y recomendaba sus propias obras (Livingston, 1933). El político desengañado, pero aún en carrera, el crítico literario devenido redactor *full time*, pretendía erigirse en maestro de las nuevas generaciones.

Como se dijo, las intervenciones y el tono crítico de González sobre la situación nacional confluyeron en esos años con otras voces que, incluso desde posiciones políticas antagónicas, insistían sobre la necesidad de una «reacción» que regenerara a una nación en crisis. Desde esta perspectiva, la política partidaria se colocaba en un segundo plano; la literatura y el periodismo también actuaron como caja de resonancia de un amplio espíritu regeneracionista. Por ejemplo, González reseñó a inicios de 1891 un libro de sonetos de Diego Fernández Espiro (*Espejismos*) prologado por Mariano de Vedia, director del diario oficialista *Tribuna* y promotor del Ateneo. La trama cultural porteña podía efectuar diversos cruces. Fernández Espiro era miembro de la Unión Cívica, combatiente de la revolución de 1890 y acérrimo opositor al PAN, pero el riojano destacó el espíritu de la obra porque toda crítica al materialismo era positiva: «sale de una generación ardiente, y cae en una atmósfera tibia, en que luchan por absorberse un anhelo vivo de ideales y una lluvia fría de cálculos numéricos». Por otro lado, advertía que «No hay que olvidar que estamos en

la época en que toda tentativa por sustraer el espíritu de corrientes dañinas, es digna de estímulo». La militancia de Fernández Espiro –poeta y periodista en el periódico *El Argentino*, secretario del Comité Nacional de la UCR desde 1891 y participante de nuevas conspiraciones revolucionarias– no jugaba un papel en la valoración, aunque la reseña apostrofaba que en el tema sensible de la patria recurriera a la prosa naturalista<sup>15</sup>.

En esta transición de la trayectoria de González, su regeneracionismo espiritualista podía contrastar con el más eminentemente político de los radicales, que hicieron del término una consigna que pretendían monopolizar como una misión histórica de salvación nacional. Para la UCR quienes habían conducido al país a la crisis no podían ser los mismos que la regeneraran, actitud que justificaba incluso la apelación a la violencia armada según fundamentos liberales y republicanos hasta asociar la misión regeneracionista con el mito de la revolución (Alonso, 2000; Botana, 2005). En contrapunto, para González no era más que un signo de disolución y decadencia nacional. Los cruces entre cultura y política podían dar lugar a diversas combinaciones, de acuerdo con trayectorias, espacios de sociabilidad, sensibilidades y compromisos partidarios. Pero esto no era una singularidad argentina, aunque las conexiones con otros casos nacionales en la década de 1890 no son nítidas. La transversalidad política y las disputas por representar una genuina regeneración fue destacada para el bien estudiado caso español, desde la izquierda republicana hasta el catolicismo integrista, pasando por catalanistas o liberales y conservadores monárquicos (Comellas, 2001; Salavert; Suárez Cortina, 2007); menos para el caso francés, donde las demandas de regeneración pasaron de los tempranos «republicanos oportunistas» a los nacionalistas de derechas (Weber, 1986; Winock, 2017). Resulta oportuno pensar cuánto había de influencias en el mundo atlántico finisecular –el flujo Europa-América era el predominante– y cuánto de simultaneidad entre aquellas formulaciones que tematizaban las crisis políticas como crisis nacionales y espirituales que requerían una renovación en distintos campos, desde las instituciones representativas hasta la educación y la cultura.

En Argentina, los primeros planteos regeneracionistas de la oposición política al PAN también insistieron como González en la necesidad de dar forma a una «religión de la patria». La diferencia es que, mientras el miembro del PAN se la figuraba por encima de las diferencias partidarias, una vez que la UCR ganó protagonismo esa idea pasó a operar en la sacralización de la causa

---

15. «Espejismos. De Diego Fernández Espiro», *La Prensa*, 25/01/1891, en: González (1934: 130-131).

partidaria de los radicales (Reyes, 2015). El punto de encuentro era el diagnóstico crítico de denuncia, con expresiones más moderadas o radicalizadas. Como en España o Francia, se coincidía en que el estado de la nación demandaba una nueva actitud de las elites –políticas y culturales–, de la ciudadanía y, en suma, del «pueblo», entendido menos como sujeto protagónico que como principio de legitimidad de la acción y objeto de medidas y pedagogías varias. Por eso eran relevantes la posesión de saberes, una sensibilidad preparada para captar el espíritu del momento y la capacidad para comunicar y actuar, cruzándose los activismos literarios o periodísticos con los políticos.

La creación del Ateneo condensó buena parte de estas inquietudes de las elites culturales en nombre de una «regeneración nacional», al incluir a literatos, periodistas, músicos y artistas plásticos para generar actividades que visibilizaran el nuevo espíritu que se pretendía insuflar a la sociedad (Bibbó, 2014). Las actitudes de intelectuales opositores al PAN ante esa iniciativa son reveladoras de la no necesaria primacía de la política partidaria. Así, Adolfo Saldías, historiador, periodista y miembro del Comité Nacional de la UCR, rechazó participar en 1892 del grupo fundador. Este futuro director del periódico radical *El Argentino* bregaba por solucionar la «cuestión étnica» con una amplia nacionalización de los extranjeros y en su *Historia de la Confederación Argentina* (1892) postuló una regeneración profunda de la ciudadanía para evitar el colapso nacional. Pero Saldías encontraba elitista a la iniciativa del Ateneo al no apuntar al ciudadano común, que entendía como natural destinatario de la elevación cultural de las «naciones civilizadas»<sup>16</sup>. En cambio, un laureado «poeta nacional» como Joaquín Castellanos, otro intelectual e importante dirigente radical, sí colaboró con la asociación para el 25 de Mayo de 1894 con una conferencia titulada «El arte por la patria». Allí demostró un acercamiento a la «cuestión nacional» similar a González al expresar que la fecha tenía «en la existencia colectiva, el mismo significado que tienen en la vida individual para un creyente, los ritos conmemorativos de su culto» (en: Castellanos, 1909: 531-541). Para entonces se trataba de otro clima político y literario: el radicalismo comenzaba una actitud de unidad nacional, ante una posible guerra con Chile, mientras el Ateneo entraba en un nuevo ciclo con el ingreso dominante de los «modernistas» literarios encabezados por el poeta nicaragüense Rubén Darío, con nuevos debates sobre la profesionalización de los escritores (Bibbó, 2014: 233-242).

Una vez pasado el momento álgido de la crisis, la nueva coyuntura marcó una preparación del perfil asumido por González desde 1900. Comenzó a

---

16. «Vida literaria. El Ateneo», *La Prensa*, 11/09/1892, en: Saldías (1912: 43-48).

ocupar cargos en instituciones educativas, universitarias y en el CNE, desde donde podían implementarse sus propuestas pedagógicas y sus concepciones ideológicas nacionalistas. Con todo, el diputado nunca dejó de pensarse como alguien elevado por encima de los avatares del momento. En un texto sobre carnaval de 1893 hablaba por un *alter ego*: «se van los tiempos de regeneración y de justicia, y las mismas comedias, pantomimas, pasillos y *vaudevilles*», ante lo cual llamaba a mantener el compromiso: «a los seres espirituales como tú les está mandado por el Gran Espíritu ser fuertes, invencibles contra las adversidades»<sup>17</sup>. Esa autoconcepción espiritual desvelaba al predicador de la religión de la patria. En el prólogo de *Cuentos* su amigo Mariano de Vedia lo exaltaba en esa clave:

«Joaquín V. González es el escritor nacional que en la actualidad tenemos los argentinos (...) no tiene secretos que su alma no penetre. Patria y arte han llegado á confundirse y unificarse en su blasón literario. (...) Este nuevo libro de González es otra preciosa ofrenda que él deposita á los pies de la diosa Patria.» (en González, 1894: V-VIII).

Ese papel reconocido como una misión en nombre de una Patria sagrada lo jugó también en publicaciones como la *Revista Nacional*, emprendimiento preocupado por promover una «cultura nacional» dirigido por otro periodista radical y mentor del Ateneo, Carlos Vega Belgrano<sup>18</sup>; o en *La Biblioteca* –para la que prologó *Memorias de la tierra*, obra telúrica de Martiniano Leguizamón–, dirigida por Paul Groussac, titular de la Biblioteca Nacional de la República Argentina de origen francés y vinculado al PAN que se convirtió en referente cultural de la Argentina de entresiglos (Bruno, 2012). En el espectro más general del fin-de-siglo, esa impronta misional de la labor regeneracionista y la inquietud por la intervención en distintos frentes de la vida pública se vinculaba con la autoconciencia de los que comenzaron a denominarse con el sustantivo colectivo «intelectuales». Éstos se colocaban frente a «la masa» o «las multitudes», consideradas incapaces de iniciar dicha empresa de redención colectiva y sobre las cuales ejercían una responsabilidad pedagógica (Juliá, 1997), idea que González compartía ampliamente. Ejemplo patente de esta actitud en otras latitudes fue el célebre discurso de Rafael Altamira en la apertura de su curso de la Universidad de Oviedo en el paradigmático año 1898, no casualmente una figura con la que el argentino entró en contacto a inicios del siglo XX: «La regeneración, si ha de venir (y yo creo firmemente en ella)

17. «Faces y disfraces», *La Prensa*, 05/02/1893, en: González (1934: 262).

18. Joaquín V. González, «La flor del aire», *Revista Nacional*, vol. XVII, 1893, pp. 189-200. Sobre las ideas nacionales promovidas por la revista, cfr. Bertoni (2001: 184).

–aseguraba el historiador–, ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre y la eduque.»<sup>19</sup> Para ese momento, al otro lado del Atlántico, González ya había asumido el perfil de estadista que lo llevó al centro de la escena política argentina.

### El regeneracionista como estadista

Como muchos de sus homólogos españoles (y antes los franceses), desde mediados de esa década de 1890 las inquietudes de González se volcaron sistemáticamente al ámbito educativo, aunque sin perder cierto tono ensayístico. Esto se vinculaba con los cargos públicos asumidos en el área, pero las ideas que expresó estaban inspiradas en el principio precedente de una «religión de la patria». Dicho esto, es necesario relativizar ese lugar excepcional con el que se invistiera en su libro *Patria* (1900), ya que fueron varios funcionarios e intelectuales del cambio de siglo los que insistieron en el tema. El contexto también había cambiado: el conflicto con Chile se reavivó desde 1898 y reflexionó sobre la situación internacional de Argentina, la crisis económica se había superado, pero quedaba la crítica al materialismo, el flujo inmigratorio retomaba bríos y la «cuestión étnica» estaba a la orden del día. Bajo el *leitmotiv* de dotar de «unidad espiritual» a la comunidad nacional, el léxico regeneracionista se agudizó al incorporar ideas del clima europeo que evidencian su carácter transnacional.

Como señalara Bertoni, dentro de la cuestión educativa la temática del «idioma nacional» fue eje de un extendido debate en el cual González intervino a la vez como publicista, desde el CNE y como diputado (2001; 2003). Progresivamente identificó una inclusión de novedades consideradas modas pasajeras, «exóticas» en relación con las tradiciones «nativas». Según los informes de la educación pública de 1894, criticó el lenguaje empleado por los maestros primarios por amenazar la unidad cultural y el destino nacional: «acusan un principio de decadencia, o lo que en estos asuntos es igualmente peligroso, enfermizas degeneraciones (...) que han de preocupar un día (...) en nombre del porvenir de nuestra patria». De todas formas, como pensador abierto a las tendencias de su tiempo, matizaba: «No anatematicemos las ideas, las instituciones, los métodos extranjeros; sería negar el progreso y las leyes más elementales de la vida»<sup>20</sup>.

19. Rafael Altamira, «El patriotismo y la universidad», *Boletín de la Institución de Libre Enseñanza*, n.º 462, 30/09/1898. Para el regeneracionismo de Altamira, su rol como intelectual y sus concepciones pedagógicas, cfr. Mayordomo (2007); Chacón Delgado (2013).

20. «El reinado del adjetivo» (1894), *Problemas escolares, 1894-1899* (González, 1936, XIII: 244 y 249-250).

Denostaba asimismo que iniciativas saludables como las asociaciones patrióticas de estudiantes –ante la escalada con Chile– evidenciaran el descuido del Estado de sus funciones «en su alta misión directiva de la nacionalidad». Para González, por más que se celebrara a los próceres o se peregrinara a sitios históricos, los jóvenes argentinos «no encuentran satisfecha esa necesidad de su espíritu». Se volvía imprescindible fortalecer la «enseñanza patriótica» desde las instituciones estatales para revertir una incipiente decadencia y robustecer la comunidad de pertenencia<sup>21</sup>. Como vocal del CNE se le encargó en 1896 redactar el informe para reformar los programas escolares<sup>22</sup> y González se expresó a tono con los debates europeos sobre las (supuestas) diferencias de fortaleza entre las razas latinas y las anglosajonas, que generó buena parte de las reflexiones de los intelectuales españoles por 1898.

Esa función directiva del Estado en materia educativa, fundamental para la regeneración nacional, no sólo permite asociar sus posiciones a las del universitario Altamira sino también a una figura como el liberal Santiago Alba. Según este futuro ministro español de Instrucción Pública, quien al filo del 1900 tradujera y prologara la paradigmática obra del francés Edmond Domolins *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons* (1897), las diferencias de educación entre latinos y anglosajones era la primera de las causas de su desigual poderío como naciones. Alba lo ejemplificaba en la derrota ante Estados Unidos y aseguraba que los «elevados y trascendentes fines sociales» del Estado debían apuntar a «producir ciudadanos útiles» (Alba, 1899: XVI)<sup>23</sup>. Si bien es cierto que el castellano se centraba antes en las dimensiones prácticas que en las culturales y espirituales, ambas reivindicadas por el argentino –más cerca de Altamira en el segundo punto, por su idea de que las tradiciones en un pueblo forjaban una herencia colectiva que singularizaba su «genio nacional»<sup>24</sup>–, la educación de las futuras generaciones aparecía como el alfa y el omega de todas estas concepciones regeneracionistas. Bajo esta premisa voluntarista subyacía la convicción del carácter moldeable de la sociedad en cuestión, en tanto el mediano-largo plazo permitía revertir o direccionar tendencias históricas y proyectar un futuro de redención.

21. «Sociedades de adolescentes» (1894), *Problemas escolares, 1894-1899* (González, 1936, XIII: 244 y 249-250). Cfr. Bertoni (2001: 281-284).

22. Joaquín González, «Los programas», *Monitor de la Educación Común*, 31/01/1897, n.º 283.

23. Las distintas dimensiones del regeneracionismo de Alba, en Martorell (2016).

24. Rafael Altamira, «El problema actual del patriotismo», *La España Moderna*, n.º 118, octubre de 1898. El catedrático matizaba la mentada superioridad de los pueblos anglosajones y los planteos de otros autores en torno a la vitalidad o decadencia de las naciones.

Con todo, las referencias del informe escolar de González para 1896 remi-tían a Francia<sup>25</sup> y estaba en contacto directo con funcionarios de ese país, ya que en 1900 fue designado oficial de la Academia Francesa<sup>26</sup>. Una nación latina que, derrotada por Prusia en Sedán en 1870, había impulsado «una gigantesca tarea de reedificación reparadora y eterna» con estudios relativos a «la misión nacional de la escuela» que eran la punta de lanza de una empresa colectiva, que abarcaba desde la literatura y la filosofía hasta la jurisprudencia<sup>27</sup>. Citaba, entre otros, *Education et instruction* (1895) del futuro antidreyfusard Ferdinand Brunetière, el *Discurso en la inauguración de la Universidad de París* (1896) del pedagogo Ernest Lavissee y *L'enseignement au point de vue national* (1891) del filósofo Alfred Fouillée. Destacaba de este último sus aportes a la materia «Moral e Instrucción Cívica» –uno de los ejes de la reforma– y la no incompatibilidad del espíritu del liberalismo con los principios religiosos que permitían mantener cohesionada una comunidad. Alejado del anticlericalismo, González conservaba la base pluralista de las leyes laicas de la década de 1880:

«Esta enseñanza no debe tomar el menor sello confesional, porque violaría mandatos de la Constitución (...) también no incurrir en confusiones vulgares y groseras, hijas sólo de la ceguera de los fanatismos (...) 'Precisamente, dice Fouillée, para desprender la idea de Dios de sus accesorios confesionales, conviene hablar de él a los niños en una forma amplia y liberal.' Así, el espíritu de tolerancia se insinuará en la sociedad»<sup>28</sup>.

Ni fanatismo clerical, contrapuesto al monopolio educativo del Estado, ni excesos anticlericales. Por encima de esas pasiones debía desarrollarse una «religión de la patria» con principios cívicos sagrados pero seculares para abarcar al conjunto de la comunidad. El ejemplo francés ofrecía varias ventajas porque había superado la prueba de la crisis y la decadencia, las tendencias regresivas podían ser revertidas, la regeneración nacional podía seguir a la degeneración. Otro punto en el que coincidía con sus homólogos ibéricos, quienes concibieron a 1898 como el «Sedán español» (Alba, 1899: XII) y encontraron en Fouillée tanto un modelo para el «espíritu nacional de la enseñanza» como para analizar

25. En una semblanza de González, Ernesto Quesada da cuenta del predominio de las juveniles influencias francesas antes de su acercamiento al mundo político, jurídico y educativo anglosajón («El alma de Joaquín», *Nosotros*, n.º 77, 1923, pp. 152-168).

26. Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux-Arts (République Française), Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Sala «Joaquín V. González», n.º 1568.

27. Sobre la idea de regeneración en Francia como herencia de la tradición revolucionaria durante la Tercera República, ver Ozouf (2015).

28. «La reforma escolar de 1896», *Problemas escolares, 1894-1899* (González, 1936, XIII: 113-114 y 127).

la «psicología del pueblo»<sup>29</sup>. Probablemente González no tenía en cuenta que algunas iniciativas regeneracionistas en la Tercera República atentaban contra su estabilidad, del boulangismo al fallido *coup* apoyado por Barrès en 1899, pasando por el nacionalismo antisemita del *affaire* Dreyfus (Winock, 2017: 108-133). Liberal moderado y nacionalista, seguía siendo optimista sobre el destino nacional y rechazaba las alternativas reaccionarias.

A inicios de 1899, nombrado nuevamente en el CNE, González escribía a García Velloso para que gestionara la edición de «dos nuevos libros» y remitió su misiva a *La Prensa* para su publicidad<sup>30</sup>. A la par de sus funciones estatales publicadas en el boletín del CNE, el *Monitor de la Educación Común* –inspección de escuelas, revisión de programas escolares, seguimiento del desempeño docente–, el diputado pretendía engrosar su obra en distintos frentes. Se trataba de *Patria* y de *Historias*<sup>31</sup>, libros destinados a la educación primaria (Herrero, 2017), que aparecieron en 1900 junto a dos compilaciones de escritos pedagógicos (*Enseñanza obligatoria* y *Problemas escolares*) y una obra universitaria (*Legislación de Minas*). González iniciaba el nuevo siglo como un intelectual comprometido con el principio de la «misión nacional de la escuela». Tampoco descuidaba que sus obras literarias se reseñaran, como hizo el escritor y funcionario estatal Carlos Ibarguren con *Historias* en *El Diario*, periódico importante del cambio de siglo (Ibarguren, 1969: 240).

*Patria* fue su aporte clave sobre la sacralidad de la causa nacional, con una parte «doctrinaria» y otra con ejemplos para la pedagogía patriótica. Enfatizaba que Argentina se encontraba entre las «naciones más jóvenes e inexpertas» que mostraban «un visible decaimiento de los ideales en diversos órdenes de la vida». Una crítica sobre su situación relativa en el «concierto de naciones civilizadas» en la que insistiera otro liberal y nacionalista como Saldías (Reyes, 2014). Las referencias del siglo XIX para despertar el «espíritu cívico» y promover la «virtud patriótica» eran el camino de Prusia luego de su derrota en 1806 hasta la unificación alemana, el resurgir de Francia posterior a 1870 y el «hecho doloroso» de la «derrota reciente» de España. La latencia del conflicto entre Argentina y Chile acicateaba la necesidad de la regeneración nacional «para que en los días de la prueba no falte el vigor que regenera en la desgracia» (González, [1900] 1936, XIX: 34). Como lo expresara en *Historias*: «Un pueblo

---

29. En «El problema actual del patriotismo» Altamira citaba *Psychologie du peuple français* (1898) y en «El patriotismo y la universidad» a *L'enseignement au point de vue national*.

30. «Cartas de Joaquín V. González a Juan José García Velloso», *Nosotros*, n.º 46/47, 1940, p. 238.

31. «Cartas de Joaquín V. González a Juan José García Velloso», *Nosotros*, n.º 46/47, 1940, p. 238.

que no pelea es un pueblo que marcha a la decadencia, si severos principios morales no retemplan su espíritu, como un pueblo que no canta sus glorias es un pueblo sin alma.» (González, [1900] 1906: 193). El paralelismo con las reflexiones de Altamira sobre el «genio nacional» y la importancia asignada a «la solidaridad con que todos sentimos las ofensas que otra nación hace a España y las agresiones injustas»<sup>32</sup> muestra las convergencias de los intelectuales regeneracionistas de distintas latitudes en los críticos años finiseculares. Por su parte, González consideraba que Chile había roto con «los caracteres de la familia española y sudamericana» y robustecía su «individualismo nacional» al buscar su expansión territorial (González, [1900] 1936: 51). Él mismo –como ministro de Relaciones Exteriores– se encargó en 1902 de llegar a un acuerdo pacífico por el conflicto limítrofe, previa aprobación de la ley de Servicio Militar Obligatorio en 1901.

La solución propedéutica esbozada por González consistía en promover:

«aquellos sentimientos primordiales sobre que se levantan las grandes nacionalidades, se fundan las civilizaciones más sólidas y durables, y existe y se fortalece esta religión terrena que la humanidad ha condensado en la palabra Patria (...) Religión, sí, y no solamente una noción ni una teoría que pueden ser cambiadas a voluntad (...) Religión y no otra idea perecedera y mudable es el patriotismo...» (González, [1900] 1936, XIX: 18).

Esta concepción del patriotismo como «religión terrenal» se comprende como iniciativas de las elites que definían la nación como una «comunidad sagrada» en función de la autonomía, unidad o identidad de un grupo humano en pos de una «misión civilizatoria» y un «destino providencial» (Smith, 2000: 795-796 y 803). Según aseguraba González: «Por sus progresos generales, inmensos territorios, su creciente prosperidad, la misión civilizadora de la República Argentina en esta América no debe tener superior» (González, [1900] 1936, XIX: 18). Para cumplir este objetivo el hombre de Estado debía promover en la ciudadanía el sentimiento del patriotismo, entendido como «tributo voluntario puesto al servicio de todos (...) ideal sublime, –único capaz de reemplazar el religioso» (González, [1900] 1936, XIX: 27) y se comprende por qué entendía a las pasiones antirreligiosas como contraproducentes. Su afirmación sobre la exigencia «voluntaria» luego era contradicha al referirse a su inquietud por la «escuela nacional». Aquí reiteraba su admiración por Francia como «guía certero de las naciones nuevas que buscan el mejor camino para su engrandecimiento o su rehabilitación» (González, [1900] 1936, XIX: 41-42) y mencionaba

---

32. Rafael Altamira, «Psicología del pueblo español», *La España Moderna*, n.º 123, marzo de 1899.

a Fouillée, al célebre Ernest Renan y pensadores, ministros y educadores como Émile Boutmy, Jules Simon y Victor Duruy. La voluntad quedaba sometida al «poder de intervención del estado, en nombre de la nación, en todas las clases y categorías de la enseñanza» (González, [1900] 1936, XIX: 41-42).

La «religión de la patria» tenía en la educación pública su llave maestra. Pero la regeneración del «espíritu nacional» debía expresarse en otras demostraciones de los sentimientos colectivos: las fiestas patrias. Se preguntaba: «¿por qué las solemnidades y fiestas públicas que la patria exige no son del mismo carácter que las religiosas?» (González, [1900] 1936, XIX: 41-42). La ocupación ritualizada del espacio público organizada por el Estado en nombre de una entidad sagrada complementaba la nacionalización de masas. Así se exployó sobre la conmemoración del 25 de Mayo:

«El espíritu nacional se halla hoy más que nunca dispuesto a las nobles expansiones (...) esta idea, sentimiento y religión de la patria (...) Encuentra cada nuevo aniversario de la revolución de Mayo, al pueblo argentino, consagrado a la labor de su engrandecimiento, y a hacer su territorio cada día más accesible a la civilización de la humanidad.»<sup>33</sup>

Para el 9 de Julio del mismo año dio una conferencia en representación del CNE ante maestros y alumnos comparando a los sacerdotes y sus iglesias con la misión de los educadores y la escuela como «templo único de la religión terrenal de la patria», antes de desfilar con 4000 personas<sup>34</sup>. Pese a las asechanzas de orden interno e internacional, la promesa de regeneración nacional y las iniciativas desde el Estado por actores poseedores de saberes especializados y capaces de captar las tendencias del «espíritu público» podían encauzar el destino del país. La homogeneización en clave nacionalista de la ciudadanía, a través de la pedagogía escolar y de los rituales patrióticos, tendría un importante desarrollo en la primera década del siglo XX. Allí González ocupó cargos fundamentales en el Estado y promovió una serie de reformas, informes y estudios en pos de fortalecer la cohesión de la comunidad nacional, desde un proyecto de Código Nacional de Trabajo y una reforma electoral hasta obras literarias que retomaran su programa de rescate de la Argentina profunda (Botana, [1977] 1985; Roldán, 1993; Zimmermann, 1995; Terán, 2000; Dalmaroni, 2006).

33. «La Patria Nueva» (1900), en: González (1936, XIX: 239-240).

34. «Fiestas patrias en las escuelas», *El Monitor de la Educación Común*, 31/07/1900, n.º 329, p. 479.

## Conclusiones

A lo largo de los apartados se trabajó cómo hacia 1900 un miembro conspicuo de las elites políticas y culturales argentinas del fin-de-siglo, Joaquín V. González, intentó sistematizar un conjunto de ideas, planteos y propuestas esbozados en un momento temprano de su trayectoria. Sin embargo, su idea de «religión de la patria» no siguió una trayectoria inalterada. La década de 1890 fue un contexto sustancialmente diferente al que precedió a la crisis económica y política, catalizador de diversas opiniones que desde un prisma regeneracionista analizaron una realidad nacional conmocionada: del temor a la decadencia al llamado a una «reacción» del «espíritu público». En el segundo lustro de esa década González comenzó a pensarse como un hombre de Estado y centró en la educación el eje de su proyecto regeneracionista que implicaba reformas concretas. Sus inquietudes e influencias abarcaron ahora una panoplia de cuestiones, desde las relaciones entre capital y trabajo hasta el vínculo entre política y sociedad reflejado en la reforma electoral de 1902.

Avanzada la década de 1890 las formulaciones del riojano posaron una atención mayor en la agitada situación internacional, la amenaza de una guerra con Chile y el ascenso de las potencias anglosajonas. En sintonía con sus congéneres españoles, González se inspiró en el «resurgir» de Francia como ejemplo para «naciones latinas», pero la «imitación» tenía sus límites. Las políticas debían seguir «leyes» que el estadista se encargaba de descubrir en las tendencias evolutivas de la comunidad. Finalmente, en una conferencia sobre la herencia española en América por el 12 de octubre, donde la idea cultural de raza se volvía importante en su concepción de una nación joven que operaba un «crisol», tomó conciencia del declive del imperio español. Una España regeneracionista, por sus afinidades culturales hispanas, podía también ser un ejemplo de resurgir nacional gracias a la ebullición de ideas que allí se estaba experimentando en paralelo. Por ello González trabó contacto con –y promovió la visita a la recién creada Universidad Nacional de La Plata de– los activos intelectuales institucionistas de la «escuela de Oviedo», como el citado Altamira y Adolfo Posada, que enaltecían el rol público de los «hombres de estudio» y estaban dispuestos a avanzar en reformas que privilegiaban las instituciones estatales (Zimmermann, 2000; González Leandri y Suriano, 2018).

Por último, la idea de «religión de la patria» era susceptible de convertirse en una consigna potente para las elites intelectuales que vieran en el Estado un instrumento para operar sobre una sociedad cultural, religiosa e ideológicamente heterogénea. Esta sacralidad laica y la idea de «crisol de razas» se reflejaron en los años siguientes, por ejemplo, en la obra *La restauración nacionalista* (1909) del escritor Ricardo Rojas, reclutado por el ministro González

en el clima previo al Centenario de la Revolución de Mayo (Devoto, 2002: 54-77, Dalmaroni, 2006: 36-55). Como recordara un nacionalista conservador, González primero se volvió influyente en las letras, pero consolidó su ascendencia sobre las «nuevas generaciones» como estadista (Ibarguren, 1969: 240-241). Este credo nacional debía colocarse por encima de las diferencias y cohesionar una comunidad sacudida por demandas políticas, culturales y socioeconómicas en tensión. El fondo liberal y plural que aún exhibían sus propuestas<sup>35</sup>, sin aparente contradicción con su deseo de una homogeneización cultural y espiritual de la nación, posibilitó que muchas de aquellas se consultaran con actores políticos e intelectuales de proveniencia diversa. Así como distintos regeneracionismos finiseculares –entre otros caminos posibles– dieron lugar a arraigados nacionalismos, la insistencia de González en la promoción de una «religión de la patria» confluyó con otras voces (los informes de Carlos O. Bunge o la «liturgia patriótica» promovida por José María Ramos Mejía desde el CNE) (Terán, 2000) para vigorizar un nacionalismo argentino en ascenso a inicios del siglo XX.

### Bibliografía

- AGÜERO, Ana Clarisa (2010). La naturaleza de las cosas. Notas introductorias al Estudio sobre la revolución de Joaquín V. González. En Joaquín V. GONZÁLEZ. *Estudio sobre la revolución y otros escritos* (VII-XXVIII). Córdoba: UNC.
- ALBA, Santiago (1899). La obra de Demolins y España. En Edmundo DEMOLINS. *En qué consiste la superioridad de los Anglo-Sajones* (V-CXXX). Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- ALONSO, Paula (2000). *Entre la revolución y las urnas. Lo orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*. Buenos Aires: Sudamericana/ UDESA.
- ALONSO, Paula (2010). *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa.
- ALTAMIRANO, Carlos (2005). De la historia política a la historia intelectual. *Prismas*, 9, 11-18. [https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Altamirano\\_prismas9](https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Altamirano_prismas9)
- BERTONI, Lilia (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.

35. En cambio, para Bertoni las intervenciones de González y otros en la Argentina de 1900 demostrarían la ausencia de un «consenso liberal» en torno a la nación (Bertoni, 2003: 167-169) .

- BERTONI, Lilia (2003). Acerca de la nación y la ciudadanía en la Argentina: concepciones en conflicto a fines del siglo XIX. En Hilda SABATO; Alberto LETTIERI (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces* (153-169). Buenos Aires: FCE.
- BIBBÓ, Federico (2008). Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892). *Orbis Tertius*, 13(14), 1-11. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.3754/pr.3754.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3754/pr.3754.pdf)
- BIBBÓ, Federico (2014). El Ateneo (1892-1902). Proyectos, encuentros y polémicas en las encrucijadas de la vida cultural. En Paula BRUNO (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930* (219-250). Bernal: UNQ.
- BOTANA, Natalio (1985). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- BOTANA, Natalio (2005). El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930. En José NUN (comp.). *Debates de Mayo. Nación, cultura y política* (119-136). Buenos Aires: Gedisa.
- BRUNO, Paula (2012). Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico. *PolHis*, 9, 69-91. [http://historiapolitica.com/datos/boletin/Polhis9\\_BRUNO.pdf](http://historiapolitica.com/datos/boletin/Polhis9_BRUNO.pdf)
- BUCHBINDER, Pablo (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires: Eudeba.
- BURROW, John (2001). *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*. Barcelona: Crítica.
- CÁCERES FREYRE, Julián (1963). Reflejos de una amistad entre poetas. Correspondencia entre Obligado y González. *Revista de la Universidad Nacional de La Plata*, 17, 163-176. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/79137>
- CASTELLANOS, Joaquín (1909). *Labor dispersa*. Lausanne: Payot.
- CHACÓN DELGADO, Pedro (2013). *Historia y nación. Costa y el regeneracionismo en el fin de siglo*. Santander: Universidad de Cantabria.
- COMELLAS, José Luis (2001). *Del 98 a la Semana Trágica, 1898-1909. Crisis de conciencia y renovación política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- CRESPO, Horacio (2018). Tradición, historia y republicanismo: el proyecto cultural de Joaquín V. González. En Carlos ALTAMIRANO; Adrián GORELIK (eds.). *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX* (27-40). Buenos Aires: Siglo XXI.
- DALMARONI, Miguel (2006). *Una república de las letras*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- DEGIOVANNI, Fernando (2005). «Imaginar la patria, imaginar sus textos: La tradición nacional en la Argentina de fin de siglo». *Cuadernos del Sur. Letras*, 35/36. [http://bibliotecadigital.uns.edu.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1668-74262005001100008&lng=pt&nrm=iso](http://bibliotecadigital.uns.edu.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-74262005001100008&lng=pt&nrm=iso)
- DEVOTO, Fernando (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- DI STEFANO, Roberto (2010). *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GAMBOA, Federico (1907). *Mi diario*, t. I. Guadalajara: La Gaceta de Guadalajara.
- GENTILE, Emilio (2007). *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. ([1888] 2015). *La tradición nacional*. Gonnet: UNIPE.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. ([1893] 1963). *Mis montañas*. La Plata: UNLP.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1894). *Cuentos*. Buenos Aires: Menderski.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. ([1900] 1936). *Patria*. En *Obras Completas de Joaquín V. González* (7-132), t. XIX. Buenos Aires: UNLP.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. ([1900] 1906). *Historias*. Buenos Aires: Cabaut.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1934). *Intermezzo*. Buenos Aires: Jackson.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1935/1936). *Obras Completas de Joaquín V. González*. Buenos Aires: UNLP.
- GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo y SURIANO, Juan (2018). Imágenes, modelos e influencias reformistas en Argentina y España a comienzos del siglo XX. *Estudios Sociales del Estado*, 7, 151-182. <https://doi.org/10.35305/ese.v4i7.139>
- HERRERO, Fabián (1993). *Joaquín V. González, hidalgo de provincia*. Santa Fe: UNL.
- HERRERO, Alejandro (2017). Joaquín V. González y sus libros. Sus intervenciones en el espacio científico-académico, literario y del sistema de instrucción pública. *Estudios de Filosofía práctica y de Historia de las ideas*, 19, 1-15. <http://qellqasqa.com.ar/ojs/index.php/estudios/article/view/222/261>
- IBARGUREN, Carlos (1969). *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Dictio.
- JULIÁ, Santos (1997). Protesta, liga y partido: tres formas de ser intelectual. *Ayer*, 28, 163-192. [https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/28-6-ayer28\\_ElReinoAlfonsoXIII\\_Carnero.pdf](https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/28-6-ayer28_ElReinoAlfonsoXIII_Carnero.pdf)
- LIVINGSTON, Mario (1933). Recuerdo de 'La Prensa' de Antes. En AAVV. *La Prensa Argentina* (s/n). Buenos Aires: El Diario.
- MARTORELL, Miguel (2016). Santiago Alba y el liberalismo radical español. En Enrique BERZAL; Antonio CALOGNE (eds.). *Los directores de El Norte* (43-67). Valladolid: El Norte de Castilla.
- MAYORDOMO, Alejandro (2007). Regeneracionismo y educación: la construcción pedagógica de la sociedad y la política. En Vicente SALAVERT; Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.). *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad* (165-205). Valencia: Prensas Universitarias de Valencia.
- OZOUF, Mona (2015). *De Révolution en République*. París: Gallimard.
- PROCHASSON, Christophe (2003). Sobre el concepto de intelectual. *Historia Contemporánea*, 27, 799-811. <https://ojs.ehu.eus/index.php/hc/article/view/5217>
- REYES, Francisco (2014). La pregunta por la nación en la Argentina liberal: Saldías, entre la historia y la política. *Papeles del Centro de Investigaciones*, X, 55-74. <https://>

- ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/31137/CONICET\_Digital\_Nro. ce16e99b-adc4-4c4c-9763-bc0099d1d7e4\_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y
- REYES, Francisco (2015). La Revolución como mito, la Regeneración como promesa. Ideas-fuerza en los orígenes de la Unión Cívica Radical. *Ariadna histórica*, 4, 117-146. <https://ojs.ehu.eus/index.php/Ariadna/article/view/11551>
- RIDOLFI, Maurizio (2004). Las fiestas nacionales. Religiones de la patria y rituales políticos en la Europa liberal del 'largo siglo XIX'. *Pasado y Memoria*, 3, 5-52. <https://doi.org/10.14198/PASADO2004.3.08>
- ROCCHI, Fernando (2003). Introducción. La crisis de 1890: política, sociedad y literatura. *Entre pasados*, 24/25, 17-27. <https://ahira.com.ar/ejemplares/entre pasados-no-24-25/>
- ROJKIND, Inés (2019). El diario *La Prensa* en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas. *Investigaciones y Ensayos*, 68, 55-79. [https://www.iye.anh.org.ar/index.php/iye/article/view/IyE\\_N\\_68\\_A4](https://www.iye.anh.org.ar/index.php/iye/article/view/IyE_N_68_A4)
- ROLDÁN, Darío (1993). *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*. Buenos Aires: CEAL.
- ROMERO, Ana (2018). Crisis y transición: notas sobre el fin de siglo argentino. *Pasado Abierto*, 7, 241-251. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/2595/2745>
- SALDÍAS, Adolfo (1912). *Páginas literarias*. Buenos Aires: La Facultad.
- SALAVERT, Vicente; SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.) (2007). *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad*. Valencia: PUV.
- SAZ, Ismael (2011). Regeneracionismos y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea. En Ismael SAZ; Ferran ARCHILÉS (eds.). *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea (55-78)*. Zaragoza: PUZ.
- SMITH, Anthony (2000). The 'Sacred' Dimension of Nationalism. *Millennium*, 29(3), 791-814. <https://doi.org/10.1177/03058298000290030301>
- TERÁN, Oscar (2000). *Vida intelectual en la Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: FCE.
- WEBER, Eugen (1986). *France, Fin de Siècle*. Cambridge: Harvard University Press.
- WINOCK, Michel (2017). *Décadence fin de siècle*. París: Gallimard.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1995). *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana/UDESA.
- ZIMMERMANN, Eduardo (2000). La proyección de los viajes de Adolfo Posada y Rafael Altamira en el reformismo liberal argentino. En Jorge URÍA (coord.). *Institucionismo y reforma social en España (66-78)*. Madrid: Talasa.